

# GRAFFITI, ARTE URBANO

Ricardo Buil Ríos



9





GRAFFITI, ARTE URBANO  
(EDUCACIÓN, CULTURA E IDENTIDAD EN LA MODERNIDAD)





GRAFFITI, ARTE URBANO  
(EDUCACIÓN, CULTURA E IDENTIDAD EN LA MODERNIDAD)

RICARDO BUIL RÍOS

UNIVERSIDAD PEDAGÓGICA NACIONAL  
Dirección de Difusión y Extensión Universitaria

Fomento Editorial  
MÉXICO • 2005

Ricardo Buil Ríos  
GRAFFITI, ARTE URBANO  
(EDUCACIÓN, CULTURA E IDENTIDAD EN LA MODERNIDAD)  
Colección **Educarte**. Número 9

Marcela Santillán Nieto	<b>Rectora</b>
Tenoch E. Cedillo Ávalos	<b>Secretario Académico</b>
Arturo García Guerra	<b>Secretario Administrativo</b>
Abraham Sánchez Contreras	<b>Director de Planeación</b>
Juan Acuña Guzmán	<b>Director de Servicios Jurídicos</b>
Fernando Velázquez Merlo	<b>Director de Biblioteca y Apoyo Académico</b>
Adalberto Rangel Ruiz de la Peña	<b>Director de Unidades UPN</b>
Javier Olmedo Badía	<b>Director de Difusión y Extensión Universitaria</b>

**COORDINADORES DE ÁREA ACADÉMICA:**

Andrés Lozano Medina	<b>1. Política Educativa, Procesos Institucionales y Gestión</b>
Ernesto Díaz Couder Cabral	<b>2. Diversidad e Interculturalidad</b>
Cuauhtémoc Gerardo Pérez López	<b>3. Aprendizaje y Enseñanza en Ciencias, Humanidades y Artes</b>
Carlos Ramírez Sámano	<b>4. Tecnologías de la Información y Modelos Alternativos</b>
Julio Rafael Ochoa Franco	<b>5. Teoría Pedagógica y Formación Docente</b>
Anastasia Rodríguez Castro	<b>Subdirectora de Fomento Editorial</b>
Margarita Morales Sánchez	<b>Diseño de colección, portada e interiores</b>
María Eugenia Hernández	<b>Formación</b>

**1a. edición: 2005**

© Derechos reservados por el autor Ricardo Buil Ríos.

© Derechos reservados para esta edición por la Universidad Pedagógica Nacional

Esta edición es propiedad de la Universidad Pedagógica Nacional

Carretera al Ajusco núm. 24, Col. Héroes de Padierna

Delegación Tlalpan. C.P. 14200. México, D.F.

www.upn.mx

ISBN 970-702-121-7

GT3912	Ricardo Buil Ríos.
R8.3	Graffiti, arte urbano: Educación, cultura e identidad en la modernidad / Ricardo Buil Ríos -- México: UPN, 2005. 185 p. : il. -- (Educarte; 9)
	ISBN 970-702-121-7
	1. GRAFFITI. 2. IDENTIDAD CULTURAL
	catalogación en la fuente
	MITM
	09-09-05

*Queda prohibida la reproducción parcial o total de esta obra, por cualquier medio,  
sin la autorización expresa de la Universidad Pedagógica Nacional.*

*Impreso y hecho en México*

# ÍNDICE

---

9	<b>Agradecimientos</b>
11	<b>Introducción</b>
30	<b>Capítulo 1. Modernidad y posmodernidad a principios del milenio</b>
32	La modernidad como categoría histórica
43	El debate modernidad-posmodernidad
54	<b>Capítulo 2. Del México desmoderno</b>
64	Modernidad y educación en México
74	<b>Capítulo 3. Escuela, deseducación y formación de identidades</b>
76	“Lo mexicano” como identidad cultural
84	Desde el espejo de Tezcatlipoca hasta las pantallas de televisión
93	Buscando alternativas: por una escuela para la diversidad
108	<b>Capítulo 4. Graffiti, híbrido cultural de nuestro tiempo</b>
109	El campo de la cultura y la contracultura
116	“Era tan viejo que parecía nuevo”. Los antecedentes históricos.
124	Desde las paredes hacia el nuevo milenio
135	<b>Sobre el graffiti</b>
145	<b>Del México desmoderno</b>
151	<b>Algo sobre la educación</b>
158	<b>Miscelánea</b>

169 **Capítulo 5. Consideraciones finales**

169 Una breve explicación

174 Las conclusiones

178 Palabras finales

179 **Bibliografía**

184 **Hemerografía**

185 **Documentos electrónicos**

*Gris es toda teoría,  
verde es el árbol de oro de la vida.*

Frase de Goethe grabada  
en la lápida de piedra volcánica  
de la tumba de José Revueltas



# AGRADECIMIENTOS

**E**ste trabajo no hubiese sido posible sin los miles de graffiti plasmados en las calles de la ciudad. A pesar de no conocer a sus autores, desde aquí les hago un reconocimiento, y pido, si es necesario, una disculpa en los casos reproducidos sin su consentimiento. Asimismo, externo un sincero agradecimiento a mis compañeros de la última generación de la Maestría en Enseñanza Superior, por los debates y discusiones en el salón de clases o en pláticas de pasillo; a los profesores encargados de las diferentes asignaturas, por sus conocimientos y experiencia compartidos, especialmente, al doctor Emilio Aguilar, jefe del Departamento de Posgrado de la ENEP Aragón, a la maestra Alicia Rodríguez, coordinadora de la Maestría en Pedagogía de la misma institución, así como a la maestra María Eugenia Chávez y al maestro Juan García Cortés, todos ellos académicos universitarios que fueron atentos lectores de esta investigación, contribuyendo con sus sugerencias (y también con sus discrepancias) a la presentación final del documento. Debo mencionar de manera particular a la doctora Ana Hirsch Adler, por su apoyo, comentarios y observaciones, siempre críticos, oportunos y enriquecedores, así como por su paciencia y comprensión manifiestas en todo momento a lo largo del proceso.



# INTRODUCCIÓN

*Comprender es un triste oficio. Expresarse libremente es un oficio con riesgos.*

IKRAM ANTAKI

**L**os motivos para realizar esta investigación surgieron en el ir y venir cotidiano a través de las calles de la ciudad. Observando el panorama urbano, fui descubriendo un mundo escondido, paradójicamente, en las fachadas de casas y edificios: grandes dibujos de colores, muros rayados con extraños diseños, jeroglíficos incomprensibles encima de anuncios comerciales o propaganda política, me indicaban una actividad casi frenética de quienes los realizaban. Movidado por la curiosidad, inicié un archivo fotográfico que, finalmente, me llevó a emprender un estudio más sistemático sobre el graffiti.

Al acercarme al problema, una de las primeras impresiones que saltaron a la vista era la siguiente: las ideas y opiniones que hay en torno al graffiti varían a tal grado que llegan a ser contradictorias. Para el sector “duro” de la sociedad, es decir, aquella parte más conservadora (altos funcionarios del gobierno, una gran parte del clero, militares, empresarios, la burguesía en general, así como aquella opinión pública más influenciada por los medios de comunicación masiva), el acto de *pintar* paredes es una transgresión al orden establecido. Otras posturas, en cambio, lo contemplan como una manifestación

estética que se puede apreciar e incluso utilizar: los dueños de las propiedades donde se efectúan los graffiti más elaborados, por ejemplo, dan su anuencia para que se realice dicha actividad, llegando incluso a pagar por ello; en algunos locales comerciales también lo encontramos a manera de anuncio, lo que nos habla de una cierta aceptación social.

La palabra italiana *graffiti* viene del griego *grapho* (escribir, dibujar, resaltar) y se empieza a utilizar a fines de la década de 1970 para nombrar la actividad furtiva y callejera de pintar y rayar en el entorno urbano con pintura de aerosol. A pesar de que en México la bibliografía sobre el tema es prácticamente nula, es posible hallar material en países latinoamericanos (como Argentina y Colombia) y europeos (sobre todo en España, Francia, Alemania e Inglaterra), donde destaca la variedad de enfoques, ya que el tema se puede estudiar a través de diversas disciplinas. Como fenómeno social se le ha ubicado en el área de la semántica, el urbanismo, la historia del arte, la comunicación, la psicología, la antropología, la sociología, la economía, entre otras. A pesar de esta heterogeneidad, existe en la mayoría de ellos el reconocimiento de que el graffiti revela una búsqueda de identidad por parte de los jóvenes, quienes intentan expresarse ante un sistema que les cierra las puertas y que los margina hacia la subcultura de la calle, en donde predomina la violencia, la corrupción, la persecución policiaca; pero también la solidaridad, el compañerismo, la lealtad: valores que no encontraron ni en la escuela ni en su familia. Los contenidos de los mensajes plasmados en las paredes cuestionan y critican a la autoridad pedagógica que ejerce no sólo la escuela, sino otras instituciones sociales, y su discurso atenta contra la propiedad privada, la moral y las buenas costumbres.

Estamos hablando aquí de una crisis de valores en la que las nuevas generaciones crecen con parámetros diferentes a los convencionales y tradicionales, debido a la celeridad de los tiempos y a la descomposición social que se observa: aguda concentración de la riqueza y expansión de la pobreza, cambios en la estructura familiar, crecimiento urbano explosivo que amenaza a cada momento con colapsar, deterioro educacional en todos los aspectos, ámbitos y niveles, medios de comunicación al servicio de intereses privados y espurios, violencia en aumento, etcétera, son factores que inciden sobremanera en la población infantil y juvenil –en plena etapa formativa– di-

rigiéndola hacia un vacío existencial que la obliga a inventar su identidad por los caminos más disímbolos, en el acoso de la manipulación política e ideológica, el consumismo y la depauperación material (recordemos a las juventudes fronterizas mencionadas por Giroux [1996], que caminan siempre “al filo de la navaja”).

La “tribalización” (Oriol, Pérez y Tropea, 1996), es decir, la aparición de bandas, pandillas y otro tipo de agrupaciones –sobre todo en el ámbito urbano– es un fenómeno posmoderno que está ligado íntimamente a la construcción de las identidades. La necesidad de pertenencia al grupo, la creación de lazos de afectividad, la diferenciación con los otros, la territorialidad, son elementos que responden a una sociedad erosionada y fracturada en sus valores tradicionales.

El individualismo, la soledad, la angustia ante la falta de futuro y la frustración que ello produce en el individuo común se da entre las muchedumbres: la ciudad es una aglomeración amorfa donde las colectividades se disuelven. El territorio urbano adquiere entonces una multiplicidad con espacios constantemente disputados y apropiados por los grupos con más poder, surgiendo lo que algunos sociólogos han llamado “la guerra molecular” (Enzensberger, 1993), caracterizada por darse no entre clases sociales o grupos políticos antagónicos, sino entre la gente común de la calle.

En la colectividad, la cohesión del grupo proporciona los elementos pertinentes para la constitución de las identidades; en las muchedumbres, el individuo se encuentra rodeado de congéneres, pero paradójica e irremediablemente solitario.

En este panorama, la escuela se ha desligado paulatinamente de la colectividad, abandonándose a la violenta mecánica que gobierna en las muchedumbres. Al parecer, hablar de “crisis escolar” se ha convertido en algo común dentro de la investigación educativa, podemos revisar bibliografía de la década de los setenta y leer sobre la “crisis”, lo mismo en algún libro de los noventa; y es que en la institución escolar las contradicciones entre el discurso dentro del aula y el que se genera en el entorno social se han acentuado cada vez más, de tal forma que el concepto “crisis” ha perdido su significado temporal y se convierte en un término que indica permanencia de un estado de cosas. La investigación considera a la escuela como formadora de *habitus*,

al tiempo que conceptúa los procesos educativos en sus aspectos formales e informales, también como productora y creadora de identidades culturales, acción que rebasa a las expectativas institucionales, a la vez que concibe a la educación como un elemento presente en todo momento y todos los actos, tanto individuales como sociales, del ser humano, desde el momento de su nacimiento hasta el de su muerte.

Hay que señalar que pocas interrogantes serán contestadas; en cambio, las preguntas que se generen deberán ser numerosas, pues el tema es vasto y requiere de una investigación multi e interdisciplinaria. Como afirma García Canclini (1990), en su libro *Culturas híbridas*, a principios del milenio las ciencias sociales deben ser “ciencias nómadas”, capaces de interrelacionarse de manera horizontal entre sí, pues ningún objeto de estudio puede ser contemplado en su totalidad por una sola disciplina. La investigación aquí presentada es, en este sentido, la construcción parcial de un objeto de estudio volátil y complejo.

Son tres las causas a las cuales obedece la presente investigación:

1. La necesidad de conceptualizar a la educación como un proceso que atañe no sólo a los agentes socializadores tradicionales, entre los que destaca la escuela, sino abarcar, además, el amplio campo de lo cultural, lo social, lo político y lo ideológico.
2. La posición que debe asumir la investigación social, si ésta se propone incidir en la transformación de las condiciones de vida en países con grandes desigualdades sociales como el nuestro. El dirigir la atención hacia fenómenos como el graffiti, vinculándolo con la educación sujeta a fuerzas que la determinan, en un entorno incierto y de desaliento para las juventudes desocupadas, contribuye a generar conocimiento comprometido no sólo con las clases explotadas, sino con una nueva utopía: la de los excluidos y las minorías. El investigador no puede ni debe ser imparcial ante el deterioro y la erosión de la sociedad contemporánea. Norberto Bobbio (1998) señala acertadamente que el científico social debe asumir su responsabilidad social y política, buscando soluciones alternas a las planteadas por el discurso dominante, radicalizándose y combatiendo desde la academia para proponer y crear nuevas

relaciones sociales, comprometiéndose con un futuro incluyente y democrático.

3. El intento de aplicar y utilizar técnicas y herramientas metodológicas poco convencionales y que por lo mismo han sido poco exploradas. La combinación de imágenes fotográficas, relatos y textos narrativos diversos, mediante “montajes” (Taylor y Bodgan, 1990), produce resultados interesantes y ricos en posibilidades metodológicas y estéticas.

Los objetivos generales de la investigación son los siguientes:

- Conocer, explicar e interpretar, en el marco de la educación (formal e informal), al graffiti como un intento de búsqueda, acercamiento, identificación, rompimiento y comunicación entre los diversos grupos sociales que coexisten en la ciudad, dentro de la dinámica de conflicto que se da en las relaciones sociales y la construcción de la identidad cultural.
- Explicar e interpretar sociológicamente al graffiti como un fenómeno cultural, cuyos valores no implican necesariamente una postura negativa frente a la solidaridad, el respeto, la igualdad, la democracia y la convivencia humana.

Los objetivos particulares son:

- Utilizar en la investigación social formas de acercamiento a la realidad desde perspectivas visuales y narrativas consideradas tradicionalmente como pertenecientes a otras áreas de conocimiento, tales como las artes visuales o las literaturas nacionales.
- Dar a conocer en el ámbito académico al graffiti; donde lenguaje, significados, iconos y códigos adquieren nuevas dimensiones.
- Contribuir a una explicación estética dentro del entorno urbano saturado de mensajes, viendo al graffiti como un espacio alterno de comunicación.

Por la naturaleza híbrida del objeto de estudio, la investigación se apoya en una serie de supuestos interrelacionados causalmente, a manera de orientadores generales del proceso investigativo:

1. Se conceptualiza al graffiti como una práctica cotidiana *para ciertos jóvenes*, que expresan en sus diseños la tensión que se da entre identidad cultural y modernidad. Se presenta la idea de que en México la identidad está en permanente invención, misma que se interrumpe por los procesos amplios de la globalización y el neoliberalismo. La desaparición de las fronteras por medio de las nuevas tecnologías, así como el dominio del mercado y su mundialización, deforman y distorsionan a las culturas locales y nacionales, propiciando la tribalización y los fundamentalismos.
2. En el caso específico de nuestro país, se afirma que el Estado moderno ha intentado crear una identidad cultural “oficial”, homogénea e igualadora, occidentalizadora, que ha tenido un alcance relativo, pues la gran diversidad cultural persiste aun cuando sea constantemente negada. La escuela, producto de la modernidad, juega un papel fundamental en la transmisión y reproducción de la cultura nacional, y, por lo tanto, de “lo mexicano”.
3. Los valores, ubicados como parte del “habitus” (Bourdieu, 1983), o como “reductores de complejidad” (Gleizer Zalzman, 1997), o como “preferencias colectivas e intersubjetivas” (Williams, 1977), tienen una presencia contradictoria en el proceso escolar. Por un lado, está el discurso explícito acerca de valores tradicionales, incluyendo el patriotismo, la equidad, la democracia, etcétera; mientras que en las acciones cotidianas y en el entorno en el que se ubica la escuela predomina lo contrario: falta de democracia, inequidad, aculturación, consumo irresponsable, etcétera. La escuela en México sólo se ocupa de la educación formal, creando una verdadera deseducación que produce efectos contrarios respecto a los fines para los que ha sido diseñada y orientada, pues el sistema educativo nacional parece no tomar en cuenta el entorno donde el individuo se forma: el ámbito de la educación informal, con agentes socializadores que rebasan ampliamente a la acción educativa institucional, cuyos contenidos, normas y prácticas han perdido su fuerza ante los vertiginosos cambios e innovaciones tecnológicas y de dominación en un contexto social en franca descomposición.

4. Si a lo popular se contraponen lo elitista, y a lo hegemónico lo contrahegemónico, podemos suponer que los grupos subalternos de la sociedad tienen la posibilidad de constituirse en sujetos sociales como seres actuantes conscientes de su especificidad multidimensional (histórica, política, de clase), capaces de generar propuestas que incidan en el campo cultural y las relaciones sociales, expresándose como prácticas que tienden a unificar acciones y experiencias de tipo colectivo, dirigidas hacia la transformación social a partir de mecanismos originados en la vida cotidiana, en la escuela, en la familia, en el barrio y en las calles de la ciudad.
5. La globalización, la dependencia y el neoliberalismo determinan las modalidades educativas cada vez más restrictivas y selectivas. Recordemos a Attali (1990) cuando nos habla de los procesos privatizadores en la educación, preguntándose si la educación no es acaso una nueva mercancía de lujo. Las nuevas corrientes educativas introducen parámetros de eficiencia, eficacia, calidad y productividad, bajo la óptica de adecuar la educación a los esquemas productivos, supe- ditándola y trasladando las relaciones de subordinación al salón de clases, perdiéndose el sentido profundamente humano del quehacer educativo.

Finalmente, todos estos supuestos llevan a plantear el caso del graffiti desde dos posiciones opuestas: la primera, argumenta que su práctica es la manifestación de la conformación de nuevos sujetos sociales con proyectos de vida y lenguajes contestatarios; y la segunda, como una manifestación incapaz de generar alternativa alguna, espontánea y descoordinada, producto de la desorientación y deshumanización de la vida moderna.

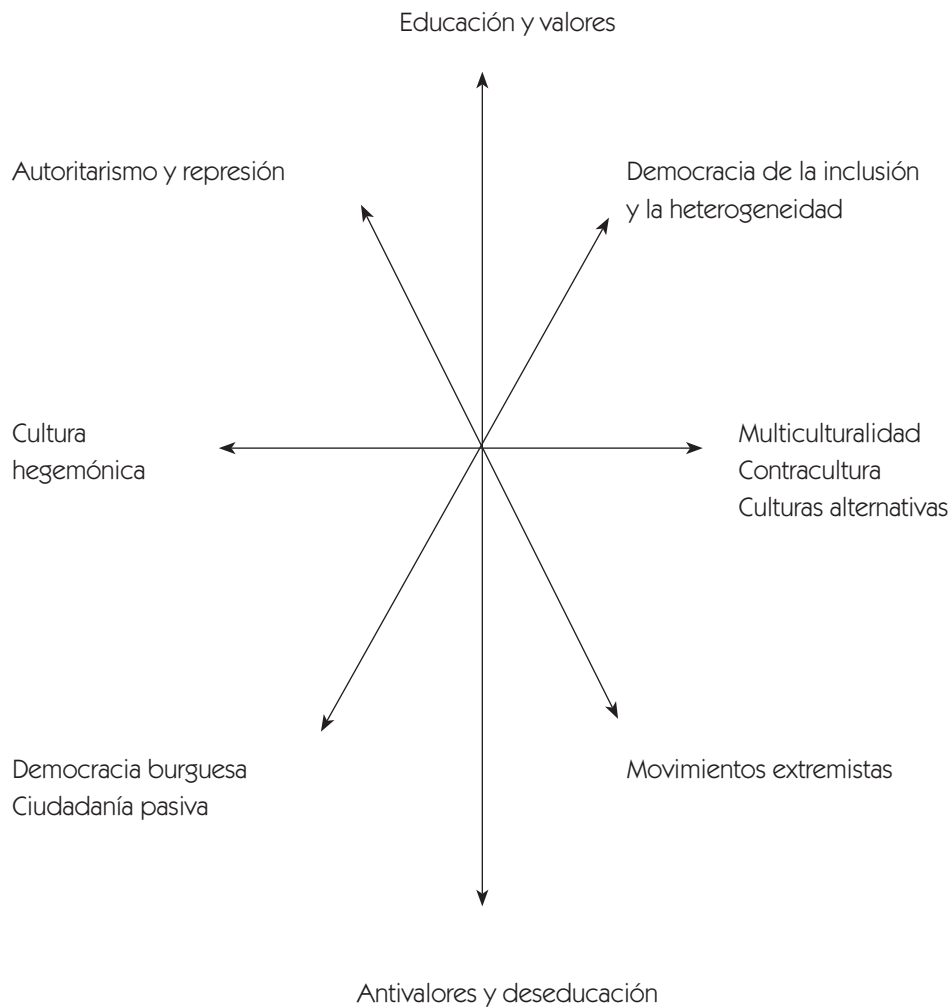
Para la elaboración del presente trabajo, se utilizan referentes conceptuales que tienen la función no de enmarcar la teorización, sino de proporcionar los elementos que permitan reconstruir al objeto de estudio constantemente, de manera múltiple y con la flexibilidad suficiente como para permitir abordarlo desde diferentes ángulos y facetas.

Se parte para ello de la construcción de modelos teórico-metodológicos siguiendo la propuesta de Jaime Castrejón Díez (1994:3-17), a partir de ejes

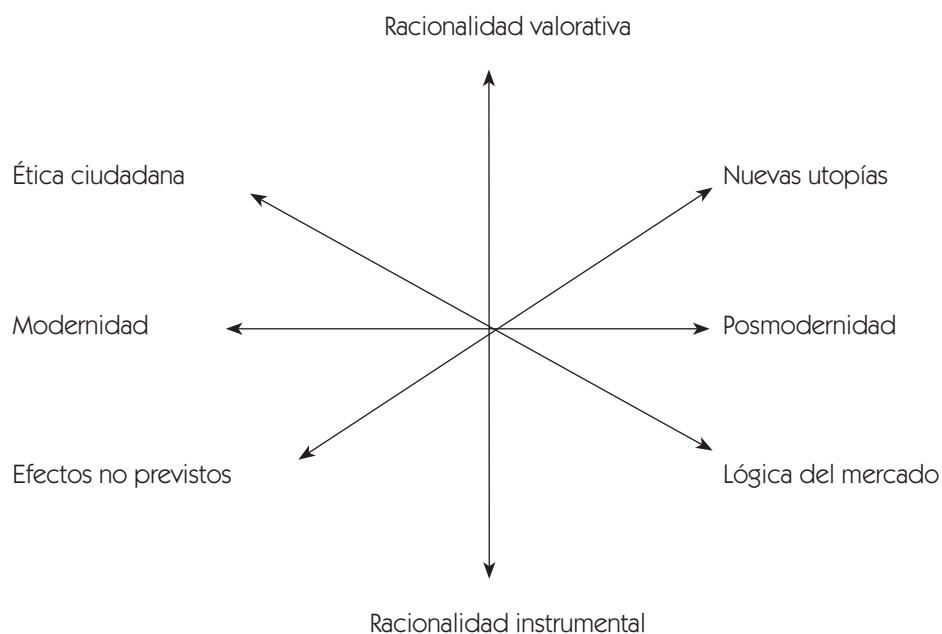
cartesianos en cuyos extremos se ubican conceptos dicotómicos que sirven como categorías generales o ideas guía. Cada eje forma un “dilema”, entendido como: “un argumento de dos posiciones contrarias que conducen a una sola conclusión”, formando cuadrantes que a su vez pueden ser cruzados por muchos otros ejes. El resultado de la combinación de los extremos de un cuadrante da por resultado el concepto que está situado entre ambos. De esta manera, obtenemos espacios conceptuales mutuos y contrastantes que organizan las partes del objeto delimitándolas e integrándolas holísticamente, ofreciendo la ventaja adicional de su representación gráfica.

En un primer modelo, se trabaja en torno a la idea de una cultura dominante o hegemónica enfrentada a una contracultura que rechaza o refuncionaliza los valores convencionales como prácticas de poder y dominación. Este primer eje es cruzado por otro, vertical, donde los valores son uno de los pilares fundamentales para un sistema que amenaza a cada momento con derrumbarse, siendo necesarios para su continuidad y legitimación. De acuerdo con Ana Hirsch (1999:1-22) son: “concepciones de lo deseable que influyen en el pensamiento selectivo”. Siguiendo a la misma autora, podemos decir que los valores son al mismo tiempo: universales (inherentes a toda la humanidad) y particulares (referentes a un grupo o contexto particulares); cognoscitivos (que tienen que ver con lo razonado) y afectivos (que se relacionan con los sentimientos y emociones); explícitos (expresados en juicios de valor) e implícitos (expresados en conductas o actitudes), y pueden ser positivos o negativos según los diferentes contextos. Así mismo, los valores norman, determinan, integran, adaptan, justifican y racionalizan conductas y acciones tanto individuales como colectivas.

La cultura hegemónica parte del concepto gramsciano de bloque histórico, como la interrelación que se establece entre estructura y superestructura, y que Bordieu retoma más tarde para hablar de cultura hegemónica y culturas subalternas. Con estos contenidos, el primer modelo queda de la siguiente forma:

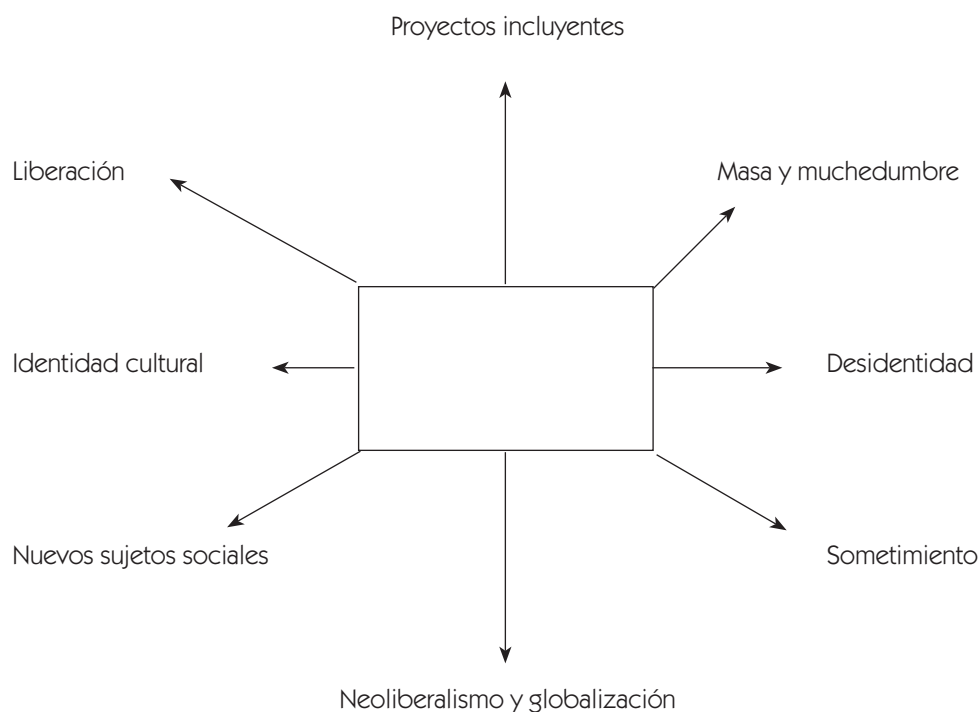


El segundo modelo de trabajo tiene como extremos del eje principal la modernidad y la posmodernidad, entendidas como un proceso dialéctico inherente al desarrollo del capitalismo, con la razón instrumental orientada a fines prácticos, basada en una tecnologización selectiva y desigual de los procesos no sólo de producción sino de vida, y que ha traído consigo, paradójicamente, una irracionalidad desenfrenada que no reconoce aquello que le es ajeno, negando a la racionalidad valorativa. Así, la posmodernidad surge como una crítica a todos los efectos negativos de la democracia burguesa en donde el mercado y el consumo son el fin último (Giroux, 1996). El modelo en cuestión queda así:



Un tercer modelo tiene que ver con las tensiones que se producen entre la modernidad y las identidades culturales, así como las relaciones entre dichos elementos y la emergencia de nuevos sujetos sociales, en el contexto de una sociedad globalizada y una economía neoliberal donde predominan el sometimiento y la manipulación de las muchedumbres, limitando la incorporación de nuevos sujetos sociales.

La particularidad de este último modelo es que en la convergencia de los ejes he ubicado un área denominada “espacio de hibridación”, multitemporal y multidimensional, en el que se mezclan elementos de toda índole. Lo híbrido (el cruce de dos o más especies distintas) es entendido como aquello que se produce a partir de elementos de distinta naturaleza que incluso no tengan compatibilidad alguna. Las hibridaciones pueden ser forzadas o convenidas, pero el resultado siempre será el mismo: imprevisto e inesperado. En la hibridación social, los procesos convencionales de reproducción y mantenimiento social quedan suspendidos, los mecanismos convencionales se transforman y se da paso a situaciones inéditas:



A partir de estos modelos se presentan los elementos teóricos para la adquisición de conceptos que ayudan a reinterpretar y valorar bajo una nueva luz a las cuestiones culturales, en la extensión amplia de su significado.

Hay tres partes fundamentales del trabajo que tienen que ver con la elección del objeto de estudio, y con la forma de explicar y pensar a la sociología de la educación desde el referente particular del investigador, de acuerdo a sus experiencias formativas y vivenciales.

La primera parte obedece a la necesidad de plantearse el problema de la conceptualización de los términos modernidad-posmodernidad, partiendo de cuatro posturas básicas: *a*) las que consideran a la modernidad como un proyecto inconcluso (caso de Habermas); *b*) como una forma que, llegada a sus límites, se ha agotado (postura de Lyotard); *c*) como un proceso dialéctico que genera su propia crítica desde el posmodernismo (postura de Giroux); y *d*) las que se ubican en lecturas del contexto latinoamericano, representadas aquí por una serie de autores que coinciden en cuestionarse si Latinoamérica ha pasado por un proceso de modernización, o si ésta adquiere características

particulares de acuerdo a sus condiciones históricas y culturales propias (por ejemplo, García Canclini y Abraham Magendzo).

En la segunda parte, se retoma la producción teórica de Gramsci por sus importantes aportaciones al estudio de las relaciones entre lo estructural y lo superestructural, y a su definición de lo educativo dentro de la esfera de lo cultural; mientras que la sociología de Pierre Bordieu y García Canclini proporcionan los elementos de análisis social dentro de los amplios campos culturales enmarcados en la producción, distribución y consumo de bienes, a partir de dos conceptos bourdierianos: *campo* y *hábitus*, que se explican más adelante.

Las propuestas teóricas de Paulo Freire, H. Giroux, A. Magendzo, MacLaren, Libaneo, Díaz Barriga, etcétera, fundamentan la explicación sobre la educación y la escuela como espacios concretos con prácticas cotidianas conflictivas, y también como factores de reproducción, de resistencia y de lugar alternativo para la construcción de la democracia.

En tercer lugar, se recurre a la literatura nacional y el testimonio visual fotográfico con autores de la narrativa contemporánea, quienes nos develan aspectos que por su aparente insignificancia o cotidianidad pasan inadvertidos para la investigación tradicional. Se recuperan textos de novelistas, cuentistas, poetas, periodistas y articulistas.

En *Las reglas del arte*, Bordieu reflexiona acerca de la literatura y las diferentes maneras de leer. Se puede leer el texto de forma literaria, pero también nos podemos acercar a él desde perspectivas de análisis e interpretación cercanas a la hermenéutica, o podemos explicarlo sociológicamente desde referentes variados. En una entrevista publicada en el diario *El Nacional*, Bordieu (1998) afirma:

Se trata de encontrar en las obras literarias indicadores que puedan orientar la investigación hacia aspectos que generalmente no se toman en cuenta dentro de las ciencias sociales, sobre todo aquellas dominadas por la profesión de fe positivista. Creo que el trabajo del sociólogo puede contribuir a enriquecer la vida literaria, como la fotografía enriqueció la pintura que se hizo a fines del siglo pasado y principios de este.

De hecho, los estudios sociológicos basados en las literaturas nacionales han cobrado auge sobre todo en la última década (Bourdieu, 1998), bajo la idea de aprovechar la riqueza literaria en cuanto al manejo de categorías tales como tiempo, lugar, espacio, etcétera.

Desde una perspectiva sociológica amplia, el graffiti aparece como una manifestación de procesos profundos que operan en la sociedad actual y que no son fáciles de distinguir por encontrarse ocultos en la dinámica social, misma que percibimos de manera cotidiana. Para acercarnos a él, ubicamos dos niveles de abstracción: uno, de referentes conceptuales que nos permiten alumbrar los procesos descritos en su relación mutua, contradictoria y dialéctica dentro de los diferentes campos en que se presentan; en el otro nivel, la atención se dirige hacia los posibles significados y códigos, dentro de un entorno urbano inaprensible e inenarrable debido a su multiplicidad y complejidad. La fotografía —que como instrumento y técnica de investigación adquiere un creciente reconocimiento en la investigación social, pues es una excelente fuente de datos que combina lo intersubjetivo con lo objetivo— oscila entre los dos niveles, ya que tiene que ver tanto con la producción material y objetiva del grupo como con el sentido y subjetividad del hecho en sí.

La parte metodológica inicia con tres preguntas: ¿cuál es la relación que existe entre el graffiti, los procesos educativos y la identidad cultural? ¿Cuál es el sentido de esta actividad? ¿Qué significados se esconden tras los diseños plasmados en la pared? Para poder responder, se aborda a la investigación que se realiza desde la cotidianidad, recurriendo a todo tipo de informantes para la obtención de datos, pues el graffiti, como fenómeno social, ofrece rasgos particulares que orientan y determinan en gran medida las formas de acercamiento y estrategias a seguir. Tiene una estructura que pretende acercarse a fenómenos culturales que son híbridos y, por lo tanto, mutantes. Dada la naturaleza del objeto de estudio, más que describir, lo que se intenta *es dar evidencia* de toda la problemática que subyace en el fondo del graffiti, para *comprender su sentido*, entendiendo por comprensión: un conocimiento profundo de la realidad.

La intención del trabajo es *entender* al graffiti como una manifestación discursiva, contrapuesta al discurso hegemónico, desde sujetos sociales inmersos en una dinámica contradictoria de lucha por la apropiación y creación

de espacios. Así, la información obtenida a través del relato y la imagen, en el trabajo de campo, tratan de dar un enfoque amplio al combinar el discurso teórico con el relato y la narración literarios, así como con el testimonio de la gente y sus experiencias cotidianas.

De acuerdo con Taylor y Bodgan (1990:15), por metodología entenderemos “el modo en que enfocamos los problemas y buscamos las respuestas”, es decir, las estrategias que utilizamos para el conocimiento sobre un objeto de estudio en particular. Cuando hablamos de lo cualitativo nos referimos al tipo de investigación que obtiene y produce datos descriptivos, generando interpretaciones originadas en la perspectiva de los sujetos a quienes queremos investigar, incluyendo las posturas del mismo investigador. Sin embargo, se trata de ir más allá de lo cualitativo tradicional, buscando también explicar las causas económicas, políticas, sociales y culturales que subyacen en el fondo de la problemática.

Se abordó el problema en tres pasos progresivos:

1. La ubicación y contacto con el graffiti y sus “nebulosos” alrededores.
2. La obtención de la información visual y verbal.
3. La interpretación y explicación de lo obtenido en el campo, confrontándolo con los aspectos teóricos.

Los dos primeros puntos se realizaron sin seguir una guía determinada, aprovechando, en cambio, el deambular al que nos vemos obligados para desempeñar nuestras actividades cotidianas junto con los seres que nos rodean. Mi esposa, que labora como prefecta en una escuela de nivel medio en el norte de la ciudad, fue una informante clave que me acercó a la problemática del graffiti desde la institución escolar, así como mis amigos y amigos de mis amigos, primos, sobrinos, los vecinos de mi calle, mis alumnos en la Universidad Pedagógica Nacional, depositarios todos ellos de la llamada “cultura nacional” (si es que hay algo a lo que así podamos nombrar), constituyeron una fuente de primera mano.

A esta variedad de testimonios los dividí en tres grupos: El primero se conformó por las experiencias de mi esposa y sus dos compañeros prefectos, que como encargados de la disciplina de un plantel, me facilitaron un ejemplo del punto de vista de la autoridad de “viva voz”. Mi esposa, pasante de la

UNAM y egresada de la preparatoria popular “Mártires de Tacubaya”, tenía, por lo general una visión más crítica o reflexiva acerca de lo que se entiende por disciplina, mientras que los otros dos prefectos, uno de ellos con escolaridad de secundaria y el otro egresado de un bachillerato tecnológico, asumían de manera más vertical las órdenes de la dirección de la secundaria. Esto me permitió contrastar puntos de vista diferentes de sujetos con un mismo rol, sobre un mismo hecho. Al respecto, conservo un pequeño archivo de narraciones entre las que destaca la del caso de un alumno de tercer año que desertó de la escuela y huyó de su casa para integrarse a una banda de graffiteros de Bosques de Aragón.

El segundo estuvo conformado por mis vecinos, amigos y parientes cercanos, grupo por lo demás heterogéneo y diverso, que me dio el contexto cotidiano y contradictorio sobre el significado social del graffiti. Dentro de este conglomerado, conocí y me relacioné con varios graffiteros de mi colonia. Uno de ellos, Omar alias *la Rata*, acabó haciéndose novio de mi sobrina, pintando un graffiti en su cuarto, dentro del departamento de mi hermana. A este segundo grupo también corresponde el “crew” (colectivo de graffiteros) que pintó la fachada de mi casa, como se aprecia en algunas de las fotos que se incluyen en la parte visual de la investigación.

El tercer grupo se compuso por mis alumnos de la UPN, todos ellos maestros en servicio de primarias y secundarias pertenecientes a la SEP. Su visión como profesores y a la vez como padres de familia o como transeúntes fue interesante, pues, revestidos con las características de su actividad docente, se centraban sobre las políticas y los procesos educativos, la gestión y el papel de las autoridades, la relación escuela-comunidad, el deterioro económico y social, y la problemática familiar de sus alumnos, dando opiniones y explicaciones desde esas perspectivas.

El escenario urbano fue el insumo principal. Con la cámara fotográfica bajo el brazo, me detenía constantemente interrumpiendo mi trayecto ante las paredes pintadas, e invariablemente se me acercaba la gente. Después de explicarles el motivo de mi actividad, por lo general, se mostraban solícitos y cooperativos y me daban toda clase de opiniones sobre el tema, señalándome dónde había graffiti que yo aún no registraba, o proporcionándome señas de quienes los realizaban.

Pero también existe la desconfianza. A manera de ejemplo citaré dos sucesos: En cierta ocasión, recorriendo en mi bicicleta las calles de la Colonia Vallejo me detuve con un pequeño grupo de jóvenes que platicaban en una esquina. Apenas estaba hablando con ellos, cuando de la casa de enfrente salió una señora amenazante, gritándome que yo era un policía que andaba de delator. Los chavos me vieron inquisitoriamente, y antes de que me diera cuenta me empezaron a rodear. Sin más trámite, emprendí la huida.

En la colonia Panamericana me sucedió algo similar aunque ahí sí hubo “final feliz”. Tomando fotos de graffiti ubicados en las inmediaciones de la iglesia del lugar, noté a un grupo de personas que me observaba con insistencia. Después de unos minutos se me acercaron y me dijeron que en un primer momento pensaron que yo era la persona que en los últimos días se había dedicado a robarse las palomas, destruir las bancas y otros desmanes. Después de aclarar la situación, los fotografié (ellos me lo solicitaron), saliendo en primer plano tres habitantes con el fondo de un graffiti pintado en el atrio que dice: “La Pana, mi barrio loco y mi vida pobre” (ver pag. 146).

En otras ocasiones, tuve la suerte de encontrarme con graffiteros en plena faena. Platicaba con ellos de manera totalmente informal, no sólo de su experiencia urbana, sino incluso del sentir de sus vidas. Varias veces me tocó intervenir cuando la policía trató de detener a los jóvenes (y a mí también), de forma violenta y sin justificación alguna. Debo mencionar que estas experiencias fueron a plena luz del día, ya que estos muchachos contaban con el permiso de los dueños de los inmuebles. Los graffiti elaborados sin permiso sobre los muros de casas y otras propiedades privadas, se realizan por lo general al amparo de las sombras y la oscuridad, y es verdaderamente difícil testificarlos.

Aun cuando estos ejemplos sean anecdóticos, develan esa parte de la investigación que permanece oculta: su dimensión humana, azarosa, vivencial, siempre presente y determinante en el producto final, y que por lo general se obvia.

Las pláticas, tanto grupales como individuales, se efectuaron durante las reuniones informales con los graffiteros, con el objetivo de obtener la mayor información posible sobre su organización, lenguaje, relaciones con otros grupos, con la escuela, la autoridad pública y el medio urbano en general.

El tercer punto consiste en un ejercicio libre, de reflexión y hermenéusis, practicado por el investigador y el lector, a partir de la técnica del “montaje”

(Taylor y Bodgan, 1990), relacionando palabras con imágenes, utilizando a la fotografía y a la narrativa como documentos multidimensionales, cuestionando y enriqueciendo las formas tradicionales de ver la realidad. Texto y fotografía se acompañan mutua y sincrónicamente. Si la imagen representa algo, su significado será determinado en gran medida por las palabras que le dan una dimensión específica; a la inversa, el texto transforma sus mensajes cuando la imagen le da una perspectiva de tipo visual que antes no tenía. Esto permite al investigador resaltar determinados aspectos, obviarlos, hacerlos visibles, aun cuando siempre han estado ahí, camuflajeados y mimetizados en la cotidianidad. Taylor y Bodgan (1990:148) señalan:

Las imágenes pueden tomar el lugar de las palabras o por lo menos transmitir algo que las palabras no pueden. Por cierto, al lector de un estudio cualitativo la imagen le proporciona la sensación de estar ahí, viendo directamente al escenario y las personas. Ha habido asimismo trabajos publicados en periódicos tales como *Qualitative Sociology* que consistían solamente en imágenes sin ningún comentario o análisis.

El valor testimonial de la narración y la fotografía son similares, aunque se dan en dos niveles diferentes: el de las palabras y el de las imágenes; sin embargo, las palabras evocan imágenes y viceversa; este ir y venir del sonido al color y de ahí a los significados, es un movimiento dialéctico que se establece con el sujeto como mediador de ambos.

La imagen, tanto narrativa como literaria, tiene un alto valor sociológico: en la dinámica o la inmovilidad de las figuras se devela lo desconocido, se descubren gestos imperceptibles, actitudes veladas, situaciones aparentemente comunes, pero inverosímiles, colores, sombras, fantasmas y texturas que crean atmósferas reveladoras.

Nos dice García Canclini (1979:10):

Práctica extracotidiana, la fotografía solemniza lo cotidiano, subraya la superación de la rutina, el alejamiento de lo habitual. Nadie fotografía su propia casa, salvo que la haya reformado y quiera testimoniar un cambio; por lo mismo, nos asombra el turista que se detiene a sacar una fotografía

de lo que vemos todos los días. La fotografía es una actividad familiar destinada a consagrar lo no familiar.

Con esta técnica, la metodología se enriquece y diversifica: de la ciencia social se pasa a la creación artística, pues los resultados estéticos de foto y texto dan lugar a formas de conocimiento que se componen por múltiples escenarios, que se reacomodan y adquieren significados diferentes a los convencionales.

El primer capítulo de esta investigación aborda el tema de la modernidad-posmodernidad, centrándose en dos aspectos: su conceptualización histórica y el debate que se da alrededor de ambos conceptos. Debido a los múltiples enfoques y posturas existentes en la producción teórica, no se trató de abarcarlas todas, al contrario, el tratamiento se limitó sólo a algunos autores que, para fines de estudio, dividí en cuatro posturas básicas, de las cuales la última es una construcción intentada por mí, a partir de la propuesta de un término definitorio (*la desmodernidad*) que permeará la investigación de manera transversal.

En el segundo capítulo hago la caracterización del México actual como un país *desmoderno*, sometido a fuerzas y procesos que abordo desde tres grandes temas: La dependencia, como un fenómeno vigente y determinante en nuestra fisionomía actual; el neoliberalismo, como la corriente económica prevaleciente en el entorno internacional; y la globalización, como el proceso de planetarización y mundialización de los estados-nación. Estos tres aspectos proporcionan los elementos para la caracterización de la educación en la historia de México, desde la perspectiva de las políticas educativas y la conformación de la cultura nacional como parte de nuestra identidad.

En el tercer capítulo se realiza el análisis de los procesos educativos desde la perspectiva de “lo mexicano” como una forma de identidad cultural promovida desde la escuela, dirigida hacia la formación de un “ciudadano mexicano”, dentro de la búsqueda de la integración y la unidad nacionales. La educación, como proceso de conformación de las identidades, desborda el ámbito educativo y se extiende hacia la sociedad en su conjunto, por lo que se consideró en este punto abordarla en sus aspectos tanto formales como informales, poniendo énfasis en los medios masivos de comunicación, por el gran peso y presencia que han adquirido.

Al cuestionarnos sobre los retos que se presentan en la educación, y que tienen que ver con los fenómenos tratados en los dos capítulos precedentes, presento algunas respuestas de lo que he llamado “escuela incluyente” o “posmoderna”, dirigida hacia la formación de un nuevo ciudadano capaz de revertir el deterioro no sólo de la humanidad, sino del planeta en su conjunto, con nuevas utopías en el horizonte histórico.

En el último capítulo se presenta sociológicamente al graffiti como una manifestación híbrida y posmoderna, que ejerce la crítica a través de diseños y mensajes, producto de una juventud desencantada que responde a la “cultura oficial” y a la violencia institucionalizada. Se divide en dos partes: La primera se ocupa de documentar al graffiti, intentando una descripción que ubica sus antecedentes desde la época de la Colonia e incluso antes, hasta llegar al graffiti actual, íntimamente ligado a la corriente contracultural del *hip-hop*, estableciendo una relación entre sus características y los diferentes momentos históricos. A pesar de ser básicamente una crítica profunda al sistema, el graffiti expresa, asimismo, las contradicciones propias de quienes los hacen, pues de igual modo se exaltan las actitudes violentas que se convierten en pronunciamientos antirracistas, denotándose una gran inconsistencia política. Entendido como una forma contracultural, se ubica al graffiti históricamente en un contexto de lucha contra el discurso hegemónico que se concretiza en el espacio urbano en el plano de lo estético, lo ideológico y lo político, es decir, en la superestructura social.

La segunda parte de este último capítulo consiste en la presentación de 104 fotografías (81 de graffiti), recopiladas de 1998 a 2001, y que forman parte de un archivo más amplio, que cuenta con cerca de 300 fotos, todas ellas obtenidas con una cámara manual reflex de 35 milímetros.

La sección fotográfica se encuentra, a su vez, dividida en cuatro temáticas generales: el graffiti, el México *desmoderno*, la educación y una parte llamada “miscelánea”. Las fotos son la continuación de lo escrito a lo largo de todo el trabajo, combinándose con una serie de textos tomados de las más diversas fuentes, tratando de resaltar algunos de los planteamientos abordados.

Finalmente, se encuentra un apartado de consideraciones finales, en donde se da una breve explicación sobre el proceso investigativo, así como algunas conclusiones sobre el tema aquí tratado y el trabajo en general.